

## Cultura en liza

XAVIER BRU DE SALA

Tal vez los adeptos a la Plataforma de Apoyo a Zapatero no se vean la caspa, pero la exhiben ante todos con su manifiesto y sus vídeos

Aunque no es del todo inútil argumentar la autonomía de la cultura respecto de la política, nada puede hacerse contra los apoyos directos de unas significativas minorías a un líder político en campaña. Unos están por proximidad ideológica, otros por clientelismo, porque no hay nada como un estómago agradecido; unos por salir en la foto, otros por no ser menos o porque no se crea que van a lo suyo. La cuestión es que la izquierda rara vez se queda sin su lista, más bien nutrida, mientras la derecha tiene que escorar muy al centro y cargarse de razones objetivas para cosechar cuatro adhesiones. No caen en la cuenta los adheridos en el daño que hacen a la cultura. La cultura no está para hacer la pelota al poder sino para erigirse, en cuanto a su función social, en espejo crítico de la sociedad y en exploradora de los territorios yermos o vírgenes de la creación, para lo cual es imprescindible un cinturón sanitario o, como se dice en inglés, la distancia del brazo (para evitar el abrazo). Les da igual a los compañeros firmantes el daño que hacen a la comunidad cultural. Tanto da si se muestran a favor del PSOE o de IU o de los nacionalistas, la cuestión es que expresan, de paso y aún sin querer, su satisfacción por el trato de los poderes públicos a la cultura. Son, y perdonad la expresión, casposos y antimodernos.

Quedan algunas cuestiones en las que Catalunya se mantiene como punta de lanza de la modernidad. Aunque aquí tam-

bién dominan las concepciones antiguas de la política cultural y de la función y organización de la cultura, también es donde se abren paso con mayor firmeza las actitudes que buscan hilvanar la cultura y el arte con las tecnologías y la creatividad e innovación en otros ámbitos. Es desde la cultura, con todos los apoyos que puedan cosecharse, que deben definirse y redefinirse los espacios propios. Unos espacios que son comunes, autónomos, exclusivos de los culturalistas –del mismo modo que los espacios de la ciencia son para los científicos– y que amparan el pluralismo interno, tanto ético como estético. Mientras desde la política no se entiendan y defiendan estas concepciones, deberíamos hacer huelga de apoyo a los líderes en campaña. Mientras no se dejen las cosas claras a los políticos desde la cultura, seguirán pensando que ya está bien así, actuando de manera clientelista, alimentando incluso a los fieles para evitar el desarrollo de las condiciones de autonomía de los espacios de creación y difusión de la cultura.

En la España de nuestros días, en la que los dos grandes partidos acumulan poder peligrosamente –incluso los medios afines a cada cual forcejean para librarse del abrazo dependiente–, la cultura necesita entrar en el nuevo siglo, lo que no consiste en hacerse el progre sino en independizarse. No uno por uno, en cuanto a ganarse el sustento y hasta el reconocimiento, sino como colectivo autoorganizado.



Diversos artistas han mostrado su apoyo a Zapatero en lenguaje de signos ARCHIVO

**Pensamiento** Las cegueras del individuo en dos penetrantes ensayos del filósofo Clément Rosset

## ¿Quiénes somos?

**Clément Rosset**

**Lejos de mí. Estudio sobre la identidad**

Traducción de Lucas Vermal

MARBOT EDICIONES  
93 PÁGINAS  
12,50 EUROS

**El objeto singular**

Traducción de Santiago E. Espinosa

SEXTO PISO  
132 PÁGINAS  
16 EUROS

**DANIEL GAMPER**

Una noche a mediados de los ochenta entré por azar con un par de amigos en un bar de Muntaner que no había pisado antes. A los pocos minutos de entrar, el *barman* me preguntó si yo era Daniel y me dijo que me llamaban por teléfono. Atónito, atendí y al otro lado del hilo oí una voz que me dijo: “Tú no eres Daniel”. Creo que dejé caer el auricular, no recuerdo. Más tarde, cuando lo racionalicé, pensé que un homónimo mío debía de ser un asiduo al bar y que ambos compartíamos una peculiaridad física manifiesta. Pero la primera sensación fue de extrañamiento, algo así como un onírico y etílico mareo existencial: ¿quién soy? Si entonces hubiera podido consultar el librito de Rosset mi teatral angustia se ha-



El filósofo francés Clément Rosset

JOSÉ MARÍA ALGUERSUARI

**Nuestra identidad es siempre prestada, es decir, que el yo extrae toda su sustancia del tú que se la otorga**

bría desvanecido o, cuando menos, habría quedado difuminada en la irónica lucidez con que este filósofo libre francés enfrenta la cuestión de la identidad personal.

*Lejos de mí* se lee como una novela de intriga, si bien el final, no precisamente feliz pero sí alegre, se anuncia ya en las primeras páginas: la búsqueda de uno mismo es vana, pues lo que somos, más allá de la imagen social que contemplamos en el espejo que son los otros que nos rodean, no es accesible, o mejor, no es. Esta cuestión que la filosofía ha tratado con grandilocuencia desde sus inicios es reseguída por Rosset de la mano de Platón, Kant, Hume, Rousseau, Ri-

coeur, Girard, Descartes, Freud y Lacan, acompañados de figuras menos fastuosas, como Maupassant, Hergé o Turgeniev.

El espíritu que anima al autor es eminentemente filosófico: deseamos creer que una vez despojados de nuestra identidad social, esto es, de lo que los otros dicen que somos en virtud de nuestra ocupación laboral, familia, propensiones, gustos o aficiones, saldrá a relucir nuestra verdadera identidad personal, nuestro yo, aquello que nos conforma en lo que somos. Para Rosset, esto no es más que un deseo de creer en nuestro yo, una creencia en la creencia de la identidad. Si esto es así, entonces el único soporte de nuestro yo es sólo nuestro deseo de que exista. El autor sospecha que no hay semejante trasfondo, y que nuestra identidad es siempre prestada, en definitiva, que, como sentenció Lacan, el yo extrae toda su sustancia del tú que se la otorga. Para colmo, Rosset se atreve a demostrar que la identidad ni siquiera tiene una utilidad biológica, aunque sí moral. Ahí es donde radican algunos de los problemas de la tesis de este libro: para la moral, así como para el derecho, es básica la ficción de un yo “responsable no sólo de sus actos sino también de las intenciones que las originan” (pág. 90).

Si aceptamos que no hay semejante identidad personal, si podemos asumir la lucidez que como un chispazo nos ilumina y nos deja ver que no hay un yo que nos identifica y con el que nos identificamos, será al precio de abandonar las convenciones sociales que garantizan cierta estabilidad y previsibilidad en nuestros tratos cotidianos. El resultado recuerda al *dice man* de Luke Rhinehart, un best seller de los 70, en el que con ayuda de los dados el protagonista pretende demostrar que el yo es una traba en el camino hacia la libertad entendida como diversidad y cambio.

En *El objeto singular*, Rosset vuelve sobre la alegría con la que concluye *Lejos de mí*. Este libro de 1979, de mayor calado filosófico y metafísico, desarrolla una tesis análoga pero esta vez aplicada a la existencia de lo real. Sin psicologismos, la alegría es vista como acompañante del saber. Y como que el movimiento se demuestra andando, el lector no puede dejar de percibir en la vivaz escritura de este filósofo libre una plenitud y cierto humor desprejuiciado, que no suelen abundar en la filosofía encerrada (¿por qué?) en las aulas. |